

# Historia y comunicación social

ISSN-e: 1988-3056

 EDICIONES  
COMPLUTENSE<https://dx.doi.org/10.5209/hics.88625>

## Prólogo

La palabra símbolo procede del griego σύμβολον (*sym-bolon*) derivada del verbo συμβάλλειν (*sym-ballein*), *sym*: juntamente y *ballein*: lanzar, tirar, arrojar. Concretamente, el símbolo era el casco de vasija de barro partido entre dos contratantes. Para finalizar el contrato había que reunir los dos trozos que al encajar perfectamente servían de prueba de origen. Esa función explica el sentido figurado de contraseña o seña de reconocimiento (Bailly, 1950: 1821) y la dualidad inherente al símbolo que el filósofo francés André Comte-Sponville define como “un signo no arbitrario y no exclusivamente convencional en el que el significante (por ejemplo, la imagen de una paloma o la imagen de una balanza) y el significado (por ejemplo, la idea de paz o de justicia) están unidos por una relación de semejanza o analogía”, por lo cual, agrega, “los símbolos son a menudo sugestivos, pues asocian lo sensible y lo inteligible, el imaginario y el pensamiento” (2021: 1466). Definir el símbolo como “signo no arbitrario y no exclusivamente convencional” es incidir en su dimensión cultural y recordar, con Paul Tillich, que los símbolos son construcciones, son productos de la evolución histórica, no pueden substituirse ni inventarse arbitrariamente (1957: 43). Al asociar, por su carácter dual, “lo sensible y lo inteligible”, es decir, aquello que se percibe por los sentidos y aquello que solo existe en la idea, los símbolos son formas que se interpretan. Y al unir pensamiento en tanto que función racionalizadora e imaginación que se sitúa fuera de lo racional, los símbolos, en cierta forma, compaginan racionalidad y emoción. De ahí que opinara Carl G. Jung que: “para la mente científica, fenómenos tales como las ideas simbólicas son un engorro porque no pueden formularse de manera que satisfagan al intelecto y a la lógica” (Jung, 1997:86).

Si los símbolos se contraponen al razonamiento científico, en cambio son un formidable instrumento de cohesión social y política, ya que “nos hacen presente lo ausente, lo invisible y, tal vez, lo insensible”, escribía en 1879 Gottlob Frege, filósofo y matemático alemán, en su obra *Sobre la justificación científica de una conceptografía* (1972: 210). Así la creación de símbolos ha respondido a una necesidad social y política: “la unión de los hombres solo puede ser simbolizada; no tiene forma o sustancia palpable. El Estado es invisible, debe ser personificado antes de que pueda ser visto, simbolizado antes de que pueda ser amado, imaginado antes de que pueda ser concebido” (Ellenius, 1998: 11). Al contar los símbolos con una importante carga emotiva y al ser elementos integradores e identificativos, resultan útiles para movilizar a los individuos: “la función del símbolo político no se agota en comunicar algo, como el mero símbolo discursivo o lógico, sino que tal comunicación no es más que el supuesto para promover y sustentar el proceso integrador; su función no es solo dar a conocer unas significaciones sino transformarlas en acción” (García Pelayo, 1964: 140). Por eso, el recurso a los símbolos y su iconografía favorece la integración de los sujetos que forman parte de una comunidad que puede trascender los límites territoriales. De forma dialéctica, fomentan la identidad en el seno de una comunidad, al tiempo que marcan las diferencias con otras comunidades (Bernstein, 2006).

Como se indica en las primeras páginas del *Diccionario de símbolos políticos y sociales del siglo XX español*, “la historia política ha estado siempre ligada al lenguaje simbólico” (Fuentes y Rueda Laffond, 2021: 31). Originada en Mesopotamia y continuada durante el imperio romano con una significativa repercusión para el mundo occidental (Boucheron, Mironneau y Martínez, 2017), la simbología política se sistematizó en la época medieval y moderna a través de la magnificación de las fuentes de la autoridad, Dios y el rey. Con el nacimiento de la modernidad política asentada en el principio de soberanía nacional no han desaparecido los símbolos, al contrario, ningún Estado-nación ha prescindido de ellos. Así, toda época ha generado y contado con sus propios símbolos políticos: algunos han perdurado en el tiempo, otros han mostrado una discontinuidad temporal, otros han padecido un proceso de readaptación y otros han perdido el valor de antaño. En palabras de Eliade, “la función de un símbolo es justamente la de revelar una realidad total, inaccesible a los demás medios de conocimiento” (1989: 63-64). Además, existen símbolos cuyo ámbito se limita a las fronteras nacionales y otros que las han cruzado adquiriendo una dimensión internacional. Existen símbolos reconocidos a escala global y otros de ámbito local.

El símbolo se enmarca también en el estrecho camino entre la memoria y el olvido: su representación o la apelación al mismo sirve para la permanencia de una idea, de una imagen, de un ritual o de un mito. Lo mantiene vivo o lo hace revivir, transmitiendo su recuerdo y evocando su presencia. Asimismo, el símbolo puede ser excluyente e incluyente al mismo tiempo, tener un valor positivo o negativo, dependiendo de la valoración que la persona o comunidad le asigne en un momento concreto del marco histórico o del ámbito geográfico. Cada época y cada sociedad ha creado su sistema de símbolos que “forman parte de la cultura en la medida en que son constantemente utilizados como instrumento de ordenamiento de la conducta colectiva, esto es, en la medida en que son absorbidos y recreados por las prácticas sociales” (Durham, 1984: 74-75). Los símbolos

como formas recurrentes han ido evolucionando a lo largo de la historia. Por su ductilidad y plasticidad, sujetos antagónicos han podido acudir a ellos, resignificándolos en función de sus intereses.

Teniendo en cuenta la amplitud y la dificultad de delimitar el ámbito de tal concepto, el objetivo del presente monográfico es reflexionar, desde una perspectiva histórica y transnacional, acerca de la importancia de los símbolos y sus plasmaciones iconográficas para la comprensión de la construcción y del desarrollo político de Europa. En 1933, a través de una composición alegórica, Max Beckmann reinterpretó el mito griego del raptó de Europa tiñendo al toro con el color pardo del nazismo. El visionario pintor alemán simbolizaba en un color la implacable y mortífera ascensión del totalitarismo en Europa. Como otros colores –el rojo, el negro o el azul, por ejemplo– o combinaciones de colores –bicromías y tricromías–, determinadas fechas, conmemoraciones o efemérides de la historia político-social, narrativas del pasado y lugares emblemáticos –monumentos, plazas o paisajes– han tenido una amplia proyección simbólica que, a lo largo del siglo XX, han ido forjando una conciencia, una memoria y una identidad europea. El universo simbólico viene integrado por “metáforas, alegorías, fechas emblemas, banderas, himnos, rituales y lugares físicos de la memoria” (Fuentes y Rueda Laffond, 2021: 14), de esta variedad y complejidad pretenden dar buena muestra los artículos en este dossier.



Max Beckmann *El rapto de Europa*.

Existe un acervo simbólico común a Europa, legado de la Antigüedad grecorromana y cristiana, que explora Maud Le Guellec desde la perspectiva de la simbología política del primer liberalismo español. Apoyándose en un amplio repertorio iconográfico, su contribución, dedicada a las estrategias de legitimación desarrolladas en la época del Trienio constitucional (1820-1823), destaca cómo la retórica visual se enraíza en una tradición europea.

La bandera, originada en la Antigüedad y heredera de la emblemática dinástica y gremial, se ha impuesto como el símbolo imprescindible de nuestras naciones modernas. José Luis González Fernández y Marie-Angèle Orobon se interesan por la forja de estos emblemas nacionales, estudiando el impacto rupturista que tuvo en la Europa contemporánea –principalmente en Alemania, España y en menor medida, Italia– la tricolor francesa alumbrada por la Revolución de 1789.

Pero los símbolos también pueden encarnarse en personas, como lo demuestra Matteo Re al proponer una suerte de biografía simbólica de Benito Mussolini. Más allá de su evidente proyección europea, el artículo indaga en los diferentes mitos de los que se valió el líder italiano a lo largo de su vida, en función de sus vicisitudes personales y de los intereses y variaciones ideológicas del fascismo.

No cabe duda de que Europa se ha forjado en la memoria traumática del Holocausto que analiza José Carlos Rueda Laffond desde el enfoque de las políticas y las narrativas elaboradas por los partidos comunistas germano-oriental y polaco, así como francés y español, entre 1945 y los años sesenta. Si bien el antifascismo fue el que vertebró la memoria comunista europea, se demuestra en el texto que la visibilidad de las víctimas judías se vio sometida a modulaciones temporales y nacionales.

Por último, el dossier propone una aproximación a los símbolos generados por el movimiento feminista, entre los que el 8 de marzo, como Día Internacional de la Mujer, ha configurado la identidad colectiva del feminismo. A través de un estudio diacrónico y comparativo, Carlota Coronado investiga las prácticas vinculadas con el 8 de marzo en Italia y España a fin de entender el imaginario asociado a esta fecha y poner en evidencia la riqueza alegórica y diversidad de su inventario simbólico.

En una amplia secuencia temporal que abarca desde finales del siglo XVIII hasta la época más reciente, los textos seleccionados para este número abordan la proyección espacial e histórica de unas construcciones simbólicas vinculadas con Europa, sin buscar, por supuesto, la exhaustividad, ni obviar las evidentes variaciones y diferencias de un país a otro. Al contrario. Argumentaba Jean Chevalier en la introducción al *Diccionario de los símbolos*: “el símbolo supera las medidas de la razón pura, sin por ello caer en el absurdo. No aparece como el fruto maduro de una conclusión lógica al término de una argumentación sin falla. El análisis que fragmenta y pulveriza, es impotente para captar la riqueza del símbolo [...]. Cada símbolo es un microcosmos, un mundo total” (1988: 23). Este mismo proceso se da en los símbolos presentados en las páginas que siguen a este breve prólogo. Como señala Cassirer, el hombre “ya no vive solamente en el puro universo físico, sino en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana” (1975: 46).

Marie-Angèle Orobon y Andrea Donofrio

## Bibliografía

- Bailly, A (1950): *Dictionnaire grec-français*. París, Hachette.
- Bernstein, S. (2006): “Symbolique et politique”. En Maurice Agulhon, Annette Becker y Evelyne Cohen (eds.), *La République en représentations. Autour de l'œuvre de Maurice Agulhon*. París, Publications de la Sorbonne, pp. 43-47.
- Boucheron, P., Mironneau, P. y Martínez, J.-L. (2017): *Théâtre du pouvoir*. París, Le Seuil.
- Cassirer, E. (1975): *Esencia y significado del concepto de símbolo*. México, FCE.
- Chevalier, J. (1988): *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, Helder.
- Comte-Sponville, A. (2021): *Dictionnaire philosophique*. París, PUF [3ª edición actualizada y aumentada]
- Durham, E. (1984): “Cultura e ideología”. En *Dados: Revista de Ciências Sociais*, vol. 7, nº 1.
- Fuentes, J.F. y Rueda Laffond, J. C. (2021): *Diccionario de símbolos políticos y sociales del siglo XX español*. Madrid, Alianza.
- Eliade, M. (1989): *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*. Madrid, Taurus [1a. ed. francesa, 1955].
- Ellenius, A. (1998): *Iconography, propaganda, and legitimation*. Oxford University press, USA.
- García Pelayo, M. (1964): *Mitos y símbolos políticos*. Madrid, Taurus.
- Frege, G. (1972): *Conceptografía. Los fundamentos de la aritmética. Otros estudios filosóficos*. México, UNAM.
- Jung, C. (1997): *El Hombre y sus símbolos*. Barcelona, Caralt. Biblioteca Universal.
- Tillich, P. (1957): *Dynamics of faith*. New York, Harper and Row.